

La danza de la muerte

Vivi(ana) Klundt



VK

Capítulo 1

***"El movimiento universal de la danza de la muerte
¡Te lleva a lugares que no se conocen! "***
Charles Baudelaire, Las flores del mal (1857)

Llevaba 2 semanas y mediavagando por las llanuras andaluzas cuando me detuve en Ruleu, una pequeña ciudad encaramada en lo alto de un acantilado. Fue allí donde me enteré de un hecho extraño que había ocurrido un año antes.

Durante julio de ese año, el cementerio fue objeto de una serie de saqueos. Todos los días, encontramos tumbas abiertas, desprovistas de sus depósitos. El misterio adquirió tal magnitud que toda la provincia sólo habló del saqueador anónimo. El alcalde ordenó entonces la guardia, pero pronto todas las tumbas fueron profanadas.

Todos se conocían en Ruleu y la desconfianza se ganó a toda la población. Nadie habló más, el saqueador estaba entre ellos.

Fue entonces cuando se reveló la identidad del saqueador. Era el artista de la ciudad, un ser solitario que vivía al margen. La ira fue tal que los lugareños quisieron tirarlo por el acantilado y así lo hicieron.

El artista permaneció estoico, mirando al cielo, aceptó su destino. Echó una última mirada al alcalde, que no interfirió, y la multitud lo empujó al vacío. El abismo era tal que apenas se podía distinguir el cuerpo de abajo.

Uno de los ciudadanos no participó en la matanza y corrió al estudio del artista. Estaba más preocupado por encontrar los huesos de su madre, que murió el verano pasado. Entró en una habitación de techos altos donde presencié la escena más inquietante de su vida.

Frente a él estaban los esqueletos robados del cementerio. Parecía que se les dio un segundo aire, ya que se habían organizado para recordar a los que se habían ido.

La pequeña Angelina

que estaba jugando en el suelo con sus juguetes, aplastada dos años antes.

El viejo músico con su pipo en mano, fallecido. El lechero, la Sra. Rossitto,

con una olla llena de mantequilla a la mano.

El ex alcalde, Sr. Fernández con su sombrero y bastón.

Y tanta gente más que el artista trajo de entre los muertos.

El ciudadano tuvo que sentarse bajo la influencia de la emoción. Su madre estaba parada allí en una silla. La reconoció por el pañuelo rojo.

Las puertas del taller se abrieron, crujieron y finalmente se abrieron por completo. El alcalde, seguido por decenas de personas, todos mudos, entró en el taller.

Algunos estallaron en lágrimas, otros estaban completamente perplejos. La mayoría se horrorizó al reconocer a un familiar o amigo.

¿Cuál podría haber sido el objetivo del artista? Esa es la pregunta que se hicieron el alcalde y los pocos que aún podían razonar en este momento.

Lentamente, un anciano subió al escenario. Protagonista de la memoria, contempló la muerte en acción. Permaneció inmóvil, objeto de todas las expectativas. Nos preguntamos qué iba a hacer. Aterrizó frente a un esqueleto familiar y lo abrazó. Caminó hacia la salida y todos se hicieron a un lado para dejarle llevar los huesos a sus tumbas.

Uno tras otro, los ciudadanos recuperaron los restos de un padre, hermano o amigo. Afuera, bajo el sol lechoso, una fila de personas caminaba hacia el cementerio, esqueletos sobre sus hombros, rostros serios y ojos bajos, nuevamente de luto.

El viajero o turista que presencié la escena se habría enjugado los ojos antes de admitir que no estaba bajo la influencia de un alucinógeno.

No creí esta historia, pero ese día un fotógrafo estaba entre las filas de espectadores. Vi una de sus fotos.

También supe que este fotógrafo, cuyas fotografías eran más que una prueba del drama, no era otro que el hermano del artista.